

Fundación Juan March

poética y POESÍA

JACOBO CORTINES

Madrid MMVI



Jacobo Cortines

PYP

Fundación Juan March

Madrid MMVI

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines

poética y POESÍA

26 y 28 de Septiembre de 2006
Edición al cuidado de Antonio Gallego
© Jacobo Cortines
© de esta edición Fundación Juan March
Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-21776-2006
Imprime: Ediciones Peninsular. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

PRELUDIO PARA JACOBO CORTINES

Nacido en Lebrija (Sevilla) en 1946, Jacobo Cortines se licenció y doctoró en la Universidad de Sevilla, donde ejerce la docencia desde hace muchos años. Cuando ingresó en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en 1996, el poeta Aquilino Duque justificaba así la elección:

Entra aquí como estudioso y erudito, como profesor universitario y como empresario cultural, si por empresas tenemos sus afanes por devolver a la ciudad la conciencia de dos tradiciones: la de la tauromaquia, no por permanente menos degradada, y la musical, no por intermitente menos prestigiosa. Pero Jacobo Cortines entra además como poeta...

Aquí comparece hoy, no además sino sobre todo, como poeta, como el autor de *Primera entrega (1974-1978)*, *Pasión y paisaje (1974-1982)*, *Carta de Junio y otros poemas [1983-1993]*, y *Consolaciones. Poesía 1993-2003*. Treinta años de cultivo creativo, con no mucha pero sí excelente cosecha.

Estamos ante un poeta lento, mas constante; de aparente sencillez expresiva pero entre cuyos entresijos esconde una estructura compleja. Un poeta que conoce bien las tradiciones (el campo, el amor, la condición hu-

mana, el paso del tiempo...), de algunas de las cuales se siente legítimo heredero, pero que las asume con el temple de su época. Un poeta, en fin, sevillano pero cosmopolita, buen conocedor de su entorno pero también excelente traductor de Petrarca, fino paladeador de la poesía en inglés, en francés, culto en definitiva. Y por todo ello, un poco secreto o, mejor, cuyo secreto, como el de los buenos órganos antiguos, está deliberadamente escondido.

Cuando en el año 2000 reunió para la editorial Pre-Textos un buen ramillete de escritos y ensayos, Jacobo Cortines terminó así el prólogo: «Veinte años de ininterrumpido vaivén entre la literatura, la pintura y la música. Tres maneras distintas de ver las cosas, o, mejor, una misma forma de concebir la creación artística.»

La literatura no es sólo su profesión, sino también su herencia. «Lejos y en la mano» cuenta para ello con antecedentes familiares: Felipe Cortines Murube, el fino poeta y escritor modernista al que dedicó tesina y tesis doctoral y del que ha hecho preciosa antología de sus versos en 1983; o Joaquín Romero Murube, de quien acaba de publicar hasta tres volúmenes de su Obra selecta. Si nos fijamos en el segundo apellido de ambos, no nos hace falta leer los versos taurinos del poeta de Los Palacios para encontrar las razones de su otra pasión, que se refleja en algunos de sus poemas.

Su padre, entre otras cosas, pintaba, y así le recuerda el poeta, pintando su retrato de niño, en un estudio de la mansión de Lebrija: «Al fondo, el piano negro y vertical, y a ambos lados, estanterías de libros y cuadros por las paredes.»

También recuerda, en *Este sol de la infancia* —sus memorias de niñez, acogidas en el título al último verso de don Antonio Machado—, el gramófono en el comedor al que su padre da cuerda y «baja con mucho cuidado el brazo de la aguja que tras el carraspeo inicial hace sonar una música dulcísima.» Recuerda también a la criada nueva cantado a todas horas «inagotables coplas» que tienen mareado a todo el mundo. Y, sin agotar las referencias musicales, también rememora en ellas a la banda, el «estallido de notas que se ven envueltas en el torbellino de las campanas» al salir la procesión; lo recuerda tan nítidamente que, de vuelta a su casa, «me digo que quiero ser músico, que cuando sea mayor seré músico para tocar después de la Virgen.»

No lo ha sido del todo, aunque a veces lo ha intentado. Lo importante en todo caso es la inclinación: «Siempre la música ha sido mi confesada pasión, y a ella he dedicado algo más que el tiempo libre», escribió en el ya aludido prólogo de *Separatas de Literatura, Arte y Música*, en las que incluyó hasta docena y media de ensayos musicales. A ellos me remito.

Con estos antecedentes, es para mí inexplicable que el tema de la música en la poesía de Cortines no haya sido aún abordado con detalle. Y no lo ha sido, quizás, porque el asunto no aparece muy explícito; está, como tantas otras cosas, elegantemente oculto. A esta aparente ausencia de la música (para mí, sencillamente imposible) hacía alusión un poeta tan musical y tan amigo y colaborador de Cortines como Juan Lamillar en la recensión en la revista *Renacimiento* (nº 45-46) de *Consolaciones*, el libro del desengaño aceptado, de la consolación por la poesía al modo de la ‘Consolación de la Filosofía’ de Boecio, pero cuyo título nos lleva de la mano al piano de Liszt (como su inicial experiencia con sus amigos pintores Gerardo Delgado, José Ramón Sierra y Juan Suárez, uniendo poemas y litografías en el *Libro a cuatro* de 1978, nos conduce a las juveniles *Sonatas a cuatro* de Rossini; o el «Nocturno» de *Pasión y paisaje*, para algunos con razón tan modernista, es un recuerdo confesado de Chopin). Esta alusión –la de Liszt, nos dice Lamillar–,

nos da cuenta de la otra pasión del autor: la música. Por ello puede parecer extraña la escasísima presencia de referencias musicales en estos poemas, pero lo cierto es que todo el libro está sostenido y atravesado por una música elocuente en su silencio, honda, secreta y eficaz: la música de la melancolía.

Es tan innegable y conocida la pasión musical de Cortines, crítico musical, traductor y adaptador de libretos de óperas relacionadas con Sevilla, etc., que algunos de sus exégetas no dejan de hacer alusión a ella y a su «palabra musical»: Así, Ballart, Díaz de Castro, García-Posada, Molina Flores, Reyes, Torre... Pero hay más, muchísimo más. En ese palimpsesto que según Hans Felten sería la poesía de Cortines, en el que cada texto está escrito sobre otros textos ocultos que lo condicionan, también resuena la música por todos sus poros. No la de Mozart, la de Rossini o la de Chopin, pero sí la de su ciudad, la de la naturaleza, la de la armonía del mundo, al margen de la de las metáforas y las imágenes sonoras simbólicas.

Tomemos, para ir directo al grano, la maravillosa *Carta de Junio*, la anchurosa y elegíaca carta al padre de 1991. En ella evoca aquella casa, aquel estudio de Lebrija que ya conocemos:

Nace allí tu afición por los colores,
los dibujos, la música que tocas
en el pequeño grupo que contemplo. (...)

Te recuerdo leyendo en el estudio
con el piano al fondo, las ventanas
de cortinas azules, los retratos (...)

Recuerda también cómo, cuando la casa fue restaurada, todo comenzó a sonar, desde la voz de la campana a la ruidosa piedra del molino. Pero cuando describa la crisis paterna, lo hace significativamente de esta manera:

No miras los jardines, ni la luna
saliendo por los álamos, ni sigues
su curso por el cielo, ni la noche

te ofrece su esplendor, ni su concierto
de grillos soterrados, de ladridos,
de murmullos del aire entre las hojas. (...)

Pasas indiferente entre los trinos
del jilguero o el arrullo de la tórtola
o la bronca perdiz que emprende el vuelo.

Hemos rascado un poco el palimpsesto y ya nos ha aparecido con nitidez la imagen de la ausencia de música como símbolo de la tristeza y el extrañamiento. Pero eso es el Salmo 136, el «Super flumina Babylonis», el que San Juan de la Cruz había reducido a dos versos inolvidables, aquí soterrados: «Y colgué en los verdes sauces / la música que llevaba.» San Juan, sí, al que ya se refiere explícitamente Cortines en «Noche de tierra», un poema de su primer libro, y en situación similar:

No tu rumor escucho que enamore,
ni aspiro de tu boca su perfume (...)

Apaga, pues, tu fuego, que no espero
ni soledad sonora ni azucenas.

Algunos estudiosos de Cortines han hecho minucioso recuento de flores, arbustos, árboles, «la floresta del campo andaluz» que aparece en sus poemas como tramsunto del huerto de Horacio y de Fray Luis, del jardín cerrado y secreto de Soto de Rojas; pero siempre se olvidan de mencionar los rumores que allí se escuchan, las «aves con su cantar sabroso no aprendido», las aguas de la «fontana pura», el aire que «los árboles menea con un manso ruido»... Felten inserta la *Carta de Junio* en una ilustre tradición sevillana, la de la reflexión literaria sobre la 'conditio' humana. Pero no menos sevillana y tradicional es esa idea literario-musical del cantarcillo sobre los álamos sonoros, cuya primera plasmación por escrito, la que se imprimió en Osuna en 1551 en *Villancicos y canciones a tres y a cuatro* del pacense Juan Vázquez, alude en la copla (también antigua, como el estribillo, al decir de Margit Frenk) a la ciudad misma: «De los álamos vengo, madre, / de ver cómo los menea el aire. // De los álamos de Sevilla / de ver a mi linda amiga.» No dispongo ahora de tiempo para seguir la pista a esta idea que recorre transversalmente toda la literatura hispana (y también su historia musical, hasta Falla y Joaquín Rodrigo). Veamos cómo aparece en Cortines:

«El rumor de los álamos» suena en su poema «Regre-

so en el verano»; «con un murmullo casi mudo por los trigos» finaliza «Nostalgia de la tarde»; y con «rumores de eucaliptos y palmeras / de cipreses oscuros y alargados» comienza el «Nocturno»; «peña de plata el viento los olivos» es verso del «Olivar», y «sólo el rumor del viento por las hojas» es de «Rumor de noche»: todo ello en la sección 'Paisaje continuo' de *Pasión y paisaje*. No cesan de sonar en otros libros, a veces los mismos sonidos que acabamos de escuchar: con «el rumor del trigo por las noches» acaba «Invierno en lejanía» (*Carta de Junio y otros poemas*), y en «Nubes rosas» (*Consolaciones*) suenan «altos cañaverales que obedecen / al soplo de la brisa entre murmullos.»

Pero no sólo es decorado de paisaje, es esencia; y por eso, siguiendo el programa del villancico renacentista que recoge en polifonía culta el viejo cantarillo tradicional, también escuchamos los rumores de la naturaleza en las secciones amorosas de sus libros, lo hemos visto en el último ejemplo citado; y en libros anteriores, como en esa apenas abocetada «Canción de vuelta» de *Pasión y paisaje*:

Azúcar por el aire,
soledad por el alma.
Y rumores de fuentes
y rumores de lágrimas.

¿No nos lo había dicho ya en «Boca sin voz», un poema de *Primera entrega*?

Como el rumor del agua, la nostalgia.
La soledad lasciva, como trampa.
Fugitiva sin huellas, la belleza.
Sin voz la boca, mas de dolor transida.

Un lector atento y musical volverá a escuchar todos estos murmullos en todas y cada una de las secciones de sus libros, y, por supuesto, en las de los dos últimos. Leamos estos versos de «Ante el verano» en ‘Los lugares perdidos’ (*Carta de Junio...*):

La primavera acaba y los cipreses
se llenan de jilgueros cuyo canto
tantas veces ahoga el griterío
del loco gorrión que en muchedumbre
de rama en rama salta o por el suelo
frota su cuerpo, escarba y picotea.
¿De dónde la tristeza cuando el día
es un rumor de hojas de palmeras
que el viento le regala a tus oídos?
¿Por qué estás triste, si te espera el agua
cristalina y rizada de la alberca (...)?

O estos otros del sosegado «Ángelus» en *Consolaciones*, uno de mis preferidos:

Trigales por el suelo como alfombras
de un verde mar movido por el viento.
Transparencias de sol en las vidrieras
del espeso ramaje. Vibraciones
del aire entre las hojas. Melodías
de pájaros diversos. Contrapuntos
de rítmicos insectos.

Hay también sonidos en sus evocaciones urbanas de Sevilla, especialmente el de las campanas, que escucha con la misma devoción que su paisano don Antonio; o el de los clarines taurinos y, cuando el toro cae, el «bramido de todas las dehesas» que toma en préstamo a su antepasado Cortines Murube. Porque la ciudad respira y por lo tanto canta y danza («Madrugada»). Una ciudad, en la que trabaja, se autorretrata reflejado en la ventana que da al jardín de Armenta, y medita sobre la condición del hombre, sobre sí mismo y su oficio, y, ante las «Hojas en blanco» se concede el único resquicio musical abiertamente autobiográfico: «La muerte es el ruido de unos pasos / que del teclado van hacia la mesa.»

Ese era uno de los caminos posibles y, dada su formación, el que todos esperábamos, pero Cortines prefirió el otro, el de la minuciosa escucha de la naturaleza haciendo personal una larga y clásica tradición literaria y musical. Aquel poema del «Ángelus» concluía afirmando

que «todo el campo es un templo donde suena / su secreto misterio.» Él mismo, y esa es una de las *consolaciones* de su poesía, se siente parte de ese misterio. No será expulsado del «Paraíso» porque en realidad es una parte minúscula del mismo:

... como un sonido más del gran sonido, como un silencio más del gran silencio. Ahora metal, madera ahora, cuerda, percusión, tan sólo gesto del invisible brazo que dirige (...)
Éste es mi paraíso, no mi infierno. Puedo decirlo:
he sido, soy, y en silencio he de ser en nueva música.

A. G.

JACOBO CORTINES
La escritura del tiempo:
Pasión y paisaje

Más que una decisión consciente, la elección del título *Pasión y paisaje*, como suma y compendio de mi creación poética, ha sido consecuencia de un imperativo temporal, pues el tiempo se ha convertido en el mejor lector de estos versos y en el verdadero artífice de su escritura y ordenación. Los dos sustantivos, fonéticamente tan cercanos, pero contrapuestos por esa conjunción que los aproxima y enfrenta en sus múltiples significados, responden a dos posturas ante la vida que tienen a su vez su reflejo en la literatura. De una parte la pasión: el padecimiento, la alteración o perturbación del ánimo, la conmoción, los movimientos del deseo, las fuerzas instintivas, la irracionalidad, las obsesiones violentas, las ansias de infinito, la desmesura; de otra, el paisaje: la serenidad, la claridad, la tendencia a la armonía, la distancia, el dibujo, la aceptación de los límites, la medida. Dos ejes sobre los que gravita una existencia que reclama tanto la luz como las sombras para dar expresión a ella misma. Dos polos que se oponen y se atraen al mismo tiempo, que se necesitan el uno al otro para que la discordia creadora halle su realización. *Pasión y paisaje* se sustenta en los dos principios que mueven el mundo: lo dionisiaco y lo apolíneo; como también en esos otros dos pilares, alfa y omega de toda existencia: eros y tántos, bajo múltiples disfraces de imágenes y metáforas, de ritmos y cadencias.

De la labor del tiempo como autor de *Pasión y paisaje*, de la historia de mi creación poética, tanto del descubrimiento de la Poesía como de las diferentes etapas por las que ha atravesado mi oficio de escribir, es de lo que quiero hablar, desde la atalaya del presente, con unas cuantas palabras que pretenden ser verdaderas.

Fue en la infancia, ese territorio donde casi todo ya ha ocurrido a excepción de la muerte, que es en cierto modo traspasar la otra orilla del nacimiento, fue allí en esa lejanía transparente donde empezó a revelárseme la Poesía entre el asombro y la sorpresa. Versos aquellos como:

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;

oídos por primera vez cuando tendría unos cinco años, producían una sensación de novedad y fascinación que no hacía sino crecer con esos otros de:

y el viento
lleva esencia sutil de azahar,

y con aquel «palacio de diamantes», el «quiosco de ma-laquita» y el «gran manto de tisú». Palabras que en los oídos de un niño muchas de ellas sonaban extrañas y cuyo

significado no podía aún captar, pero sí su sonido, sus acentos, su misterio; y sobre todo esos juegos sensoriales luna/lona, plata/azul, esencia/azahar, que provocaban como una cierta embriaguez inexplicable, mágica, y que tardaba en desaparecer en un multiplicado y cadencioso eco. Alguien, el que había leído esos versos en alta voz, decía tras terminar: «Esa es la «Canción del pirata» de Espronceda, o el cuento de «Margarita» en *Poema del otoño* de Rubén Darío.» ¿Y quiénes eran éstos? se preguntaba uno, ignorante de que existiesen personas que se dedicaran a crear con «las mejores palabras en el mejor orden» (Coleridge) esos mundos de correspondencias que tan bien formulara un poeta, Gustavo Adolfo Bécquer, que con los años sería decisivo para mi formación poética:

con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Aquellos primeros versos de la infancia que me iban descubriendo la Poesía venían de la misma mano que me iniciaría en la Música, pues el mismo que leía a Espronceda o a Rubén, o a otros, dejaba el libro y se sentaba ante el piano para arrancarle unos ritmos y melodías que despertaban un sentimiento de maravilla aún mayor si cabe. Y al terminar: «Vals nº 10 en si menor de Frédéric Chopin». Todo esto ocurría en un escenario concreto: la biblioteca-estudio de pintura de la casa en Lebrija. Mientras del otro oía los versos o los valsos, mi padre podía es-

tar allí leyendo o pintando. Hace unos años, en 2002, evoqué ese ambiente en unas páginas de mis memorias: *Este sol de la infancia*; y antes, en 1991, en unos tercetos de la larga epístola consolatoria *Carta de Junio*:

Te recuerdo leyendo en el estudio
con el piano al fondo, las ventanas
de cortinas azules, los retratos

que vas pintando, el mío entre los otros,
y otros cuadros, y el aire que se impregna
del olor que desprenden los colores.

La revelación de la Poesía y de la Música se produjo, pues, paralela a la de la Pintura. Durante muchos años de mi vida, hasta bien entrada la juventud, yo no llegaría a saber si en un futuro sería músico, pintor o poeta. A las tres artes, mis tres grandes pasiones, he dedicado tiempo y he volcado en ellas ilusiones y esfuerzos. He estudiado años el piano, aunque tarde, hasta la extenuación; he rellenado cientos, miles de pentagramas con ejercicios de armonía, contrapunto y composición; he dibujado y pintarrajeado en ciertas etapas compulsivamente; y he llenado de versos folios y cuadernos hasta convertirse en poemas unos –libros incluso– y simples borradores otros, desde una edad temprana hasta la fecha. De estas tres prácticas artísticas, la Poesía es la que he cultivado más asidua y sistemáticamente, y la que me

ha deparado mayores satisfacciones por sus resultados. Pero mi poesía debe tanto a la Música y a la Pintura como a la tradición literaria. Sin el cultivo, activo o pasivo, de esas otras disciplinas, mi creación literaria hubiera sido otra cosa, no digo con esto si mejor o peor, pero sí distinta. Muchos de mis poemas, especialmente los paisajes y los retratos y autorretratos, son cuadros, y no por el empleo de términos pictóricos, sino por la misma concepción plástica del poema como fijación de una escena. Y otro tanto diría de la composición del poema como si se tratase de una pieza musical, de la combinación de unos sonidos que se articulan en una melodía que exige un ritmo, un tiempo y una duración determinados. En esto último no he hecho más que seguir la tradición simbolista de la música ante todo.

Visto con la perspectiva del tiempo, el lema de *Pasión y paisaje* responde en cierta manera a esa dualidad musical y plástica de mi labor creativa. La Música es el arte que más suscita las pasiones, la que con más poder mueve y remueve los efectos del alma; y la Pintura la que fija cuanto va cambiando en el curso del tiempo, el arte de la plasmación de un momento. De la una y de la otra se sirve la palabra para transformarse desde la propia palabra en Poesía.

De las relaciones entre estas tres artes, así como entre éstas y las restantes, se podría hablar largo y tendido, pe-

ro no pretendo aquí hacer un discurso teórico sobre su interrelación, sino exponer la génesis y desarrollo de una creación particular: la de mi obra poética en concreto. Decía, pues, que en la infancia se había originado esa atracción por un tipo de lenguaje, el poético, que poco a poco y más inconsciente que conscientemente, más azaroso que programado, iba enriqueciéndose con nuevos hallazgos y sorpresas. En este sentido debo reconocer que no tuve mala suerte en los años que vinieron tras la etapa infantil: los del Bachillerato cursado en Sevilla con los jesuitas. Entre aquellos beneméritos padres, rígidos y punitivos, había alguno que podía salir por los cerros de Úbeda o los del Parnaso. Así aquel «maestrillo», cuyo nombre no recuerdo, que tuvo la feliz ocurrencia de sustituir el anodino programa de «Castellano» por lecturas de la tragedia griega. Con cuánta atención escuché la historia de *Áyax* con ese final del héroe en el que se daba muerte a sí mismo arrojándose sobre su espada; y con cuánta emoción seguí los conflictos internos de *Antígona*, empeñada en dar sepultura a sus hermanos Eteocles y Polinices a pesar de la prohibición del tirano Creonte. Aquellos nombres griegos, tan raros y hermosos, tan eufónicos, aquella manera tan alta de expresarse los héroes, todo ese mundo de destinos inexorables caló en lo más hondo de un adolescente que nunca ya podría sustraerse a la llamada de los trágicos, en especial de Sófocles.

Hubo también al final de esa etapa de bachiller al-

guien que tal vez haya sido el único maestro al que así pueda llamarle: Lorenzo Ortiz, alto, delgado, de finos modales, como salido de una novela de Gabriel Miró, pero con cierto aire de insecto que incitaba a la burla de los condiscípulos. Lo tuve en un curso de Literatura por el que desfilaron desde el Cid y Berceo, hasta Hugo y Dostoyewsky. De aquellas lecciones recuerdo con predilección las dedicadas a Verlaine y Valéry. La turbulenta vida del primero y su excepcional musicalidad me llevaron a tomar el firme propósito de aprender francés –cur-saba en su lugar un inglés elemental–, pues los versos del autor de *Poèmes saturniens* oídos en su lengua original

Le sanglots longs
des violons
de l'automne
blessent mon coeur
d'une langueur
monotone.

me resultaban de una delicadeza para mí completamente desconocida.

Y si la tumultuosa existencia de Verlaine, con sus caídas y arrepentimientos, su mundo de pasiones, me conmocionaba, no menor impresión me causó la serenidad de los versos del autor de *El cementerio marino*. Allí fue donde Ortiz, exquisito poeta y excelente intérprete de

Debussy, vertió sus mejores comentarios, donde dio su do de pecho. Qué manera de resaltar la calma, la belleza estática de un paisaje de mediodía.

Quiso la fortuna que al año siguiente, en el curso de Preuniversitario, lo volviese a tener como profesor de latín donde traduciríamos el Libro II de la *Eneida* y otros fragmentos de la misma. Frente a las traducciones y comentarios que en ese mismo curso hacíamos de la *Iliada* con otro, un vasco hosco y tripón con la sotana manchada de rapé desde el alzacuello al fajín, atento sólo a los aoristos y otros aspectos gramaticales y reticente frente a las sonrisas de algunos cada vez que se mencionaban «las troyanas de hermosos peplos», las clases de Ortiz se volcaban en los aspectos estéticos del verso virgiliano. Aún vibra en mi memoria aquella lanza arrojada por Laoconte contra el vientre del caballo de Troya. Ortiz nos hacía ver, sentir, palpar cada matiz y acento:

...Stetit illa tremens, uteroque recusso
insonuere cavae gemitumque dedere cavernae.

Algo así como:

Clavóse aquélla vibrando y, a su sacudida, las cóncavas cavidades del vientre lanzaron un gemido.

Un curso completo con Homero y Virgilio fue una

experiencia que no volvió a repetirse en centros de estudios posteriores.

Con este bagaje de los fundadores de la epopeya clásica y una no pequeña lista de autores que iba aumentando como en aluvión, pero entre los que descollaban Manrique, Bécquer, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, o el Gómez de la Serna de las greguerías, ingresé en la Facultad de Filosofía y Letras en 1963. Apenas empezado el curso se daba la noticia del fallecimiento en Méjico de Luis Cernuda. No sabía entonces quién era el autor de *La realidad y el deseo*. Por el homenaje que se le tributó a raíz de su muerte, me enteré de que era miembro de la Generación del 27 y que había nacido en Sevilla, a la que abandonó en plena juventud. Pero a Cernuda tardaría varios años en llegar, porque era un poeta difícil para un joven que aún no había cumplido los 17 años.

Aparte de ese acto pionero en el reconocimiento del magisterio de Cernuda, en la Facultad encontré buen ambiente para mis inquietudes poéticas. Entre mis compañeros había buenos lectores e incluso poetas ellos mismos cuyo ejemplo fue estímulo para que me lanzara a la práctica de escribir versos, que sólo esporádica y tímidamente había cultivado en la etapa de colegial. Nuevos nombres iban apareciendo en el horizonte literario, como también en el musical o el pictórico que me absor-

bían tanto como el primero. Cumplí mi propósito de aprender francés y viajé a Francia de donde regresé cargado de libros de Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé y otros escritores, entre ellos uno que por aquel entonces tenía para mí un especial atractivo por ser al mismo tiempo poeta, pintor y en cierto modo, por su vinculación con el Grupo de los Seis, Satie y Stravinsky, músico: Jean Cocteau. Bastante idealizado por el entusiasmo juvenil, Cocteau se me representaba como la realización de mis aspiraciones artísticas. Hoy lo veo de otra manera. Hay cosas en él que detesto por tributo a unas modas, y otras me siguen pareciendo admirables, pero no por las mismas razones. De todos modos otros escritores iban ya entonces sustituyendo ese ideal, como por ejemplo Leopardi.

En el lírico de Recanati vislumbraba yo la más profunda y contenida expresión del dolor; me identificaba con su desengaño y su pesimismo, con sus desolados ensueños de amor; su lenguaje, aunque no lo leía en el original —como hoy—, sino en aceptables traducciones, me resultaba sencillo, próximo; su figura, de un patetismo trágico y ejemplar. Se me escapaban de él entonces su sarcasmo y su ironía y muchas cosas más, pero no por ello dejaba de ser el lírico por excelencia, como lo sigue siendo de manera creciente siempre que a él vuelvo.

Cada vez más decepcionado por la marcha de la es-

pecialidad de Filología Moderna, recién creada sin los medios necesarios al alcance, y cansado de un ambiente de cuyos peligros ya me había alertado la voz de una poeta, Julia Uceda, decidí marcharme a Inglaterra como lector de español para terminar la carrera. Allí, en un pueblecito cercano a Londres, en Ashford, me propuse hacer mi particular *discurso del método*. Necesitaba cuestionarlo todo: religión, familia, vocación. Fue un año duro, difícil, de desgarramientos íntimos, pero también de liberación, de búsqueda de nuevos caminos. La proximidad con la capital me permitió lo que en Sevilla era prácticamente imposible: asistir a los conciertos de las grandes orquestas, visitar todo tipo de museos, ver el nuevo y último cine, descubrir otra manera de pensar, otra sensibilidad. Las librerías de Londres me ofrecían sus estanterías repletas de novedades. Empecé a leer a Eliot y a Pound ¿Qué tenían que ver estos con nuestra tradición? Los catálogos de la editorial Faber eran de mi predilección. También los de la NRF que allí se encontraban con toda facilidad. Así fue cómo me atiborré de cubistas y surrealistas franceses: Max Jacob, Tristan Tzara, André Breton, Paul Eluard, Robert Desnos... Nadie me había hablado de ellos en Sevilla.

De vuelta a la ciudad del Guadalquivir, realicé la tesis de Licenciatura y comencé luego el Doctorado sobre un escritor que de alguna manera me venía impuesto por una de las líneas de investigación del Departamento y

circunstancias familiares: Felipe Cortines Murube. Un escritor que había desempeñado un importante papel en la vida literaria sevillana a principios del XX, seguidor de Rubén y Juan Ramón y precursor de Fernando Villalón, de honda cultura clásica y vastísima erudición. De él aprendí a oír muy de cerca la llamada de la tierra: la de sus campos de labranza, la de las áridas Marismas, la de los toros bravos en la noche. Pero mi mundo poético iba por otros derroteros. A comienzos de los años 70 entre clases y capítulos de la tesis fue cuando empecé a experimentar una cada vez mayor urgencia de dar expresión a lo que bullía dentro. Fue entonces cuando la práctica de la escritura poética fue ganando terreno frente a otras aspiraciones expresivas. Multipliqué mis lecturas y relecturas en función de lo que iba escribiendo y quería escribir. Estos intentos de escribir poemas en serio poco tenían que ver con aquellos otros realizados durante los años de carrera, la mayoría de los cuales no pasaban de ser efusiones sentimentales, tan ligadas a los sucesivos enamoramientos, cuando no se reducían a meros divertimentos no exentos de humor. No, estos nuevos intentos me los tomaba con seriedad. Son poemas muy trabajados sobre los que volvía una y otra vez. Que muestran torpezas y vacilaciones es indudable, normal por otra parte en un arte tan difícil como la del verso; que la voz no suena aún personal, sino ecos de otras, es también explicable en alguien que por primera vez se aventuraba a hacerla oír entre las de tantos otros no siempre bien asimiladas.

Un curso, el de 1972-73, pasado en Nueva York, en la distancia de un mundo nuevo y atrayente, me ayudó a ir distinguiendo mi voz de entre las otras. Los poemas allí escritos, que guardo en su totalidad, con sus borradores incluidos, muestran un fuerte influjo de los surrealistas, tanto de los franceses como, incluso más, de los españoles, especialmente del Lorca de *Diván del Tamarit* y de *Poeta en Nueva York*, libro que como era previsible leí allí hasta la saciedad. También están presentes el Alberti de *Sobre los ángeles*, la *Versión celeste* del creacionista Larrea, mucha Vanguardia histórica en general, muy puesta de moda a principios de esa década, pero también un trasfondo nostálgico andaluz, con Juan Ramón a la cabeza, pues fui también allí «poeta recién casado». Y por algunos rincones versículos de la Biblia y los deslumbramientos del *Zarathustra* de Nietzsche.

No sin cierto rubor, pero como ejemplo del tipo de poemas que entonces escribía, reproduzco uno de aquellos que nunca he llegado a publicar:

En cada tecla del piano se adivina un puñal
porque, hoy, en el rincón de un rascacielos encontraron
una mano cuyo clavo no arrancarán las golondrinas.
Sobre tres pétalos secos transportaron por el aire del mar
el hueco cuerpo que derramó cenizas sin el calor del humo.
No habrá malvas que crezcan a la sombra del sueño
ni jaramagos que engañen a quien olvida su principio.

Ningún camino sabrá alargar la lengua hasta besar el sitio
y todos mostrarán el confuso gesto de sus pasos perdidos.
En cada cuerda golpeada duerme un eco del grito que se
[oculta.
En cada nota que se pulsa alguien miente al descubrir las
[huellas.
En cada silencio que se hace un nuevo rostro presente su
[amenaza.

New York, Diciembre del 72

La labor emprendida en Nueva York la proseguí en Córdoba a cuya Universidad me incorporé como profesor de Literatura Española. El lenguaje de los nuevos poemas se hizo más violento, con ráfagas de sarcasmo, pero también adoptaba en ocasiones un tono meditativo conducente a una mayor serenidad. Fueron dos años los pasados en Córdoba de intensa escritura hasta la definitiva vuelta a Sevilla donde empecé a plantearme la posibilidad de publicar un libro de poemas. Pero a la hora de seleccionar y ordenar los versos no me sentía satisfecho con el conjunto y decidí seguir escribiendo hasta disponer de más material. Así pasaron unos años en los que la idea del libro fue objetivo prioritario. En los Diarios de esos mismos años hay algunas referencias a la génesis de los poemas o al proceso creativo. Así se lee: «Más que las palabras lo que significa es su disposición» (Junio del 76). «Un poema

es una experiencia; generalmente las mías son amargas, en cualquier caso no son ni alegres ni normales» (20-9-77). «En los últimos días mi actividad poética se desarrolla descompensadamente en los sueños. Me despierto inquieto, intentando poner en orden lo soñado, sin conseguirlo satisfactoriamente» (7-Enero-78). Apuntes estos que desde la distancia del hoy son ilustrativos de lo que para mí significaba entonces la práctica de la Poesía: una obsesión y una tortura, pero también la transformación del caos doloroso en un orden creativo.

Con la redacción de un largo poema sobre la podredumbre del lenguaje, «Superficie y abismo», creí dado por terminado el libro, que recogía poemas escritos entre 1974-1976, pero aún hubo de sufrir el aplazamiento de dos años con la incorporación de nuevos poemas y la supresión de otros. Por fin a finales del 78 di a la imprenta sevillana Gráficas del Sur lo que sería mi *Primera entrega (1974-1978)*. Ese fue el título escogido, unos asépticos términos del mundo de la edición, pero a su vez una declaración metafórica de la dedicación, de la entrega de una vida a la Poesía. Recuerdo que estando el libro aún en la imprenta incorporé a última hora unos versos de Petrarca, autor al que empezaba a traducir, por creer que esa cita podría iluminar el sentido del conjunto. Me había llamado la atención el último terceto del soneto CCXI:

Mille trecento ventisette, a punto
su l'ora prima, il dí seto d'aprile,
nel laberinto intrai, né veggio ond'esca.

Mi vida también había entrado en un «laberinto sin salida» y en cierta manera la *Primera entrega* era su testimonio y su posible liberación. Quedé satisfecho con el libro, conformado por dos secciones: «Pasión fija» y «Crónica de mi terror», de 13 poemas cada una. No eran muchos los seleccionados, pero creo que en su conjunto revelaban un mundo propio, atormentado, pasional, reflexivo, sin concesiones a la facilidad ni a la insinceridad. El lenguaje se había vuelto más contenido y menos hermético, aunque seguía habiendo poemas abstractos; la métrica se regularizaba frente al versolibrismo inicial; y la presencia de los clásicos españoles del Siglo de Oro crecía y se combinaba con tendencias de actualidad, aunque no faltaba alguna réplica a la Mística, como en los versos finales de «Noche de tierra»:

Apaga, pues, tu fuego que no espero
ni soledad sonora ni azucenas.

El libro tuvo buena acogida entre sus contadísimos lectores, pero poco me preocupé de su difusión en los círculos literarios que apenas frecuentaba. Más me relacionaba con pintores y arquitectos. Con tres de ellos hice unos meses antes el *Libro a cuatro*: seis litografías de

Gerardo Delgado, José Ramón Sierra y Juan Suárez con tres poemas míos para el Grupo 15 de Madrid. El título era un velado homenaje a Rossini por sus *Sonatas a cuatro*. Ellos formaron parte del consejo de redacción de la revista que fundé y dirigí: *Separata. Literatura, Arte y Pensamiento*, donde colaboraron escritores, pintores, arquitectos y filósofos en una experiencia breve (de 1979 a 1981), pero sumamente enriquecedora.

La ingenua desatención a la crítica dio como resultado que sobre *Primera entrega* no se escribiese más que una pequeña nota en el semanario *La calle*, salida de la pluma de Javier Alfaya. Seguí escribiendo y nuevos horizontes se me abrieron. Uno fue la dedicación a Petrarca, cuyo universo poético me fascinó. Andrés Trapiello me pidió una selección de los sonetos traducidos para editarlos en la colección que dirigía junto a Juan Manuel Bonet, y así aparecieron los *20 Sonetos amorosos de Petrarca* en las «Entregas de la Ventura», en 1980. Ante su buena recepción, me vino el encargo por parte de la Editora Nacional de traducir los *Triunfos*, que aparecieron en 1983, y luego entre peticiones de unos y exigencias propias emprendí la tarea de traducir el *Cancionero* completo. Quién me iba a decir que la aventura petrarquista duraría diez años. De lo que significó en mi vida, ya dejé constancia en los «Preliminares» de la edición de Cátedra en 1989.

El otro horizonte al que me refería fue el del paisaje como fuente de inspiración y materia poéticas. No es que el paisaje estuviera ausente en *Primera entrega*, pues allí había más de uno: «Paisaje tormenta», «Paisaje en ruinas»; y numerosas imágenes, metáforas y comparaciones tomadas de la Naturaleza, pero en esos poemas el paisaje era un marco o un fondo de otra temática, de la pasional amorosa o del paso del tiempo. En estos que empezaba ahora a hacer el paisaje o los paisajes eran el motivo central, el objeto en sí mismos. Quedaban despojados de toda adherencia. Eran una aspiración a fundirse con la Naturaleza. Así nació una serie que tras una rigurosa reelaboración y selección titulé «Paisaje continuo», con una cita al frente del admirado Leopardi:

Sempre caro mi fu quest'ermo colle...

Algunos de estos poemas, muy breves, los concebí como apuntes del natural, como los del pintor que planta en el sitio su caballete. Me interesaba captar el instante, como en los haikus japoneses, los poemas arabigoandaluces o los imaginistas de Pound, pero también penetrar en lo que tenía ante los ojos, indagar ontológicamente en lo que Hopkins denominaba el «inscape», lo interior, frente al «landscape», lo exterior:

EN EL JARDÍN

Hay una voz callada en cada hoja,
en cada flor abierta que derrama
el oscuro latido de la savia.
Y otra voz tras las verjas como un eco
que se pierde lejano por los surcos,
trazados como rayas de un cuaderno.

Leídos ahora, me doy cuenta de que esos paisajes estaban más dentro que fuera de mí mismo. Por ejemplo este:

NOCTURNO

Rumores de eucaliptos y palmeras,
de cipreses oscuros y alargados
sobre el espeso fondo de los álamos.
Una luna brillante que se baña
en las rugosas aguas del estanque.
Plata y viento, la noche en la ventana.

Por los datos que se aportan en este poema como en otros, el paisaje descrito podría identificarse con un lugar concreto, el de una Hacienda en el Sur, pero el título remite indefectiblemente a Chopin, y las imágenes de la luna en el agua, la plata y el viento a aquellas de la canción de Espronceda, el poeta y el músico descubiertos en la infancia.

También el vuelo y el temblor en unos versos de «Atardecer de invierno»:

Mira el pavo real cómo alza el vuelo
para alcanzar la rama más lejana,
y cómo tiembla ahora bajo el peso
de su cuerpo al posarse con un grito.

¿Qué otro vuelo y otra vibración no evocan sino los de la lanza descrita por Virgilio?

Quiero decir con esto que los paisajes más que descripciones físicas son plasmación de unas imágenes interiores que se materializan ante el estímulo de lo exterior. El escenario, el de ese Sur andaluz, se inserta en la tradición clásica, con Virgilio y Horacio al frente, renovada en Fray Luis y en tantos otros hasta llegar a los contemporáneos.

Junto a los paisajes fui escribiendo otros poemas, cuya temática, amorosa en buena parte, enlazaba con la del primer libro. Son los que conforman la sección «Corazón en la tarde».

Cuando a comienzos de los ochenta el poeta Ramón Pinyol y el pintor Joan Pere Viladecans, fundadores en Barcelona de la colección «Llibres del Mall», quisieron reeditar allí *Primera entrega*, ante la escasa o nula difu-

sión que había tenido, les propuse añadir las dos nuevas secciones de 15 y 10 poemas cada una y reducir las dos anteriores a sólo 10 en ambas. El resultado de esta primera recopilación fue *Pasión y paisaje*, en su versión de 1974-1982.

Aparecieron algunas reseñas elogiosas. Pero soplaron también malos vientos y aquel mundo idílico del paisaje sureño se transformó en un desgarrador conflicto. Me volqué en las traducciones de Petrarca, el piano, las clases, los diarios, sin renunciar a reconstruir mi geografía poética. Lentamente a lo largo de una nueva década surgieron «Los lugares perdidos» (1983-1993), que agrupaban esa sección y las de la «Suite de Armenta», «Lejos y en la mano» e «Itinerarios», publicadas conjuntamente con la larga epístola bajo el título de *Carta de Junio y otros poemas*, Granada, «La Veleta», 1994. Todo el libro está escrito en endecasílabos blancos: 306 de los «Otros poemas» y 300 de los 100 tercetos de la «Carta». Puede que la traducción de los miles de versos de Petrarca me familiarizara con este tipo de metro que me parece el más flexible y de mayores posibilidades expresivas. La simetría numérica, 606 versos en total, se afianzaba por otro lado como principio compositivo del libro.

La descripción del plumaje de un pavo real que despliega su cola en un gesto de seducción inauguraba esta primera parte que quería continuar con los paisajes es-

critos diez años antes, pero el tiempo había impuesto un punto de vista distinto: frente a la presencia, la ausencia; frente al gozo, el dolor o la nostalgia. En los versos finales de «Visión fugaz» se lee:

Pero vano soñar, sigue su curso
un tiempo inexorable, y a su paso
el alma se estremece no sabiendo
qué fue lo ya vivido y qué el presente.

Como compensación a esa pérdida está la «Suite de Armenta», una serie de interiores domésticos que toma el nombre de una calle en Sevilla. Cuadros de interior en los que la luz es un elemento decisivo. Las líneas del dibujo se atenúan en general, o se subrayan en algún momento como en el final de «El mirlo de la tarde», donde se describe la salida del pájaro entre los muros del jardín con la imagen de un garabato:

Y sube más, y más, y lanza un grito,
y en las blancas paredes se dibuja
una línea carbón de despedida.

De otro escritor sevillano, ligado a él por lazos de lejano parentesco, Joaquín Romero Murube, del que me he ocupado ampliamente al cumplirse su centenario, tomé el título para la tercera sección: «Lejos y en la mano». Ese oxímoron, esa aparente contradicción me parecía

una expresión única para lo que yo quería allí decir: la lejanía del amor teniéndolo tan cerca. Aquí aparece retratada la destinataria del mensaje amoroso de esos y de futuros poemas. Si el amor había sido uno de los ejes sobre los que gravitaban los versos desde «Pasión fija», su manera de venir presentado anteriormente, desolado («Soledad y cenizas»), dolorido («Espinass en el aire»), o descaradamente sensual («Blusa roja»), era muy diferente a como ahora se mostraba: un amor que aspiraba a alcanzar su plenitud. Baste comparar la imagen de una flor en dos poemas de las distintas etapas para notar la evolución ante el fenómeno amoroso. El primero en «Paisaje en ruinas»:

Porque no hay más que escombros sobre
[escombros
sin horizonte alguno que varíe,
aunque tu amor en el recuerdo sea
como una flor nacida entre las grietas.

El segundo de «En tu mirada»:

y se inunda de paz el alma, y nace
como una flor callada la alegría
de saberse mirado en tu mirada.

El mismo sujeto que lleva a cabo su, en expresión machadiana, «invención» amorosa es el que aparece auto-

retratado varias veces en «Itinerarios». Alguien que en «Reflejo en la ventana» se ve en los cristales:

con la pluma en la mano, sin que sepa
quién es ese que miro y que me mira.

O alguien que al igual que otros pasa su tiempo entregado al estudio:

... Como tantos
las horas allí paso y la palabra
dicta la historia que la mano escribe:
las hazañas del héroe, las razones
del clérigo andariego, la tragedia
de los locos amantes, los lamentos
de los dulces pastores, las astucias
del pícaro, los éxtasis del santo,
el horror de la sierra, la locura
del ingenioso hidalgo y tantas otras
que de la letra vuelven a la vida
entre estos muros donde siempre el tiempo
se muestra joven en los mismos rostros.

Este fragmento del «Itinerario» en el que se evocan los héroes de nuestra Literatura es una muestra de la conciliación entre Vida y Poesía, pues no siempre la docencia me resultó compatible con la creación poética.

Pero mucho más difícil que esta conciliación entre trabajo y escritura fue superar los desgarros interiores que produjeron aquellos malos vientos y que sembraron el dolor entre los muy cercanos. Transformar el sufrimiento propio y ajeno en objeto artístico tardó en llegar, pero llegó al fin tras varias tentativas. Se trataba de dar el paso definitivo: el descenso al particular infierno para enfrentarse allí con los propios fantasmas. Un proceso purificador de las pasiones; una verdadera catarsis que se realizó en la redacción de la «Carta de Junio» en la que un hijo, movido por la compasión, pretende consolar al padre anciano y sufriente. Ante la visión negativa del padre sobre su existencia:

mi vida no es amor sino cenizas
de un largo error que a su final se acerca.

El hijo le va haciendo ver el sentido de su vida para concluir de esta manera:

No fue un error tu vida, y la esperanza
que pido no te niegues está dentro

de ti con sólo verla. Abre los ojos
y mira tu dolor que ha de curarte
mejor que otro remedio que concibas.

La verdad es dolor, tú lo has sabido;
con la verdad desnuda alcanzar puedes
la mejor paz que nunca imaginaste.

Sevilla, Junio de 1991

El asunto era difícil de abordar por el peligro de los desbordamientos sentimentales. Había que huir de los patetismos falaces como bien aprendió Cernuda de los ingleses y transmitió a los poetas futuros. El asunto exigía por otra parte el poema largo, para lo que tuve muy en cuenta las recomendaciones de Eliot de alternar pasajes intensos con otros más llanos. Yo ya había cultivado el poema largo en «Superficie y abismo», y en otros dos, «Lamentación de la belleza» y «Mensaje indigno», que nunca llegué a publicar, pero la «Carta» requería un mayor espacio. La figura del padre podía verse condicionada por esas dos obras que han marcado este tipo de escritura: Las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique y la *Carta al padre* de Franz Kafka. Desde un principio supe que no debía ir ni en una dirección ni en otra; ni el elogio ni el reproche. Opté por la epístola consolatoria, y de ahí que empleara el endecasílabo blanco distribuido en tercetos, combinando así ciertas tradiciones áureas. Como lema de la «Carta», el último verso de la *Epístola moral a Fabio*:

Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

La «Carta» ha sido para mí la experiencia poética más trascendente. En el monográfico que a este poema y a los otros que componen el libro dedicó el suplemento literario de *La mirada* se señala la influencia de la Biblia, Petrarca, Fernández de Andrade, Soto de Rojas, Quevedo, Leopardi, Bécquer, Cernuda... Yo añadiría otras, no como influjos directos, sino como ecos que van conformando el lenguaje de la tradición occidental que uno hace suyo desde su propia voz.

Tuvieron que pasar otros diez años para que diera a la imprenta un nuevo libro de versos: *Consolaciones (1994-2003)*, Sevilla, Vandalia, 2004. Los poemas seguían bajo el dictado del tiempo. Sus borradores permanecían guardados en carpetas que yo abría de tanto en tanto para retocarlos o encontrar que algunos habían madurado lo suficiente. Otros iban naciendo según las circunstancias. Entretanto fueron apareciendo otros trabajos: *Itálica famosa. Aproximación a una imagen literaria*, 1995, donde incluí el poema que hice expresamente para la ocasión: «En las ruinas»; como divertimento realicé la adaptación musical en español de *El barbero de Sevilla* de Sterbini-Rossini, 1996; recopilé buena parte de mis artículos y ensayos bajo el título de *Separatas de Literatura, Arte y Música*, 2000; y redacté el primer tomo de las proyectadas memorias: *Este sol de la infancia (1946-1956)*, 2002, que es por así decirlo como el desarrollo orquestal de algunos temas aparecidos en la «Carta de Junio». De la

epístola se hizo ese mismo año de 2002 una nueva edición: *Carta de Junio y nuevos poemas*, que incluía las secciones de «Nardos de Noviembre» y «Consolaciones».

El título de esta última sección, tomado de las piezas de Franz Liszt, fue el que puse al frente de las 40 composiciones que conforman la última entrega hasta la fecha y que va dividida en cuatro partes: «Figuras», «Refugio de las horas», «Naturalezas» y «Nardos de Noviembre». En ellas se profundiza en lo que son las constantes de mi lírica: los retratos de los más próximos, el paso del tiempo, la comunión con el paisaje, el amor. Los diez poemas de «Nardos de Noviembre» se suman a los cuatro de «Lejos y en la mano» constituyendo un microcancionero a la manera petrarquista. En el libro las fronteras entre sueño y vigilia, pasado y presente, vida y muerte se superan en una conciencia más allá de lo que llamamos realidad. Métricamente predomina el endecasílabo, seguido del alejandrino, pero en ocasiones hay una vuelta al versolibrismo y al empleo de prosas rítmicas como en «Viernes de feria», que empieza así:

Entre dos torres la plaza junto al río. Calor y luz. El reloj se hace música. Verde y oro, blanco y oro, grana y oro; y azules plata, morados plata, grises plata, azabache, fucsia, nazareno, tabaco.

La crítica, que premió el libro en 2005, destacó en él «la paz de las palabras». Diversas reseñas han señalado en

él «el sobrio decir», «el esplendor íntimo», «la música de la melancolía», «el don de la serenidad», «la transparencia y misterio». A ellas remito al lector interesado. Sólo quiero añadir que en *Consolaciones* he buscado lo que su nombre indica: el consuelo de la Poesía, que no es poco en un mundo tiranizado por el horror, el ruido y la prisa. Con este libro he querido seguir siendo fiel a mi concepción del hecho poético: la búsqueda de uno mismo a través de la palabra, el perfeccionamiento moral, la comunicación con los otros.

En la actualidad preparo un nuevo libro que no sé cuándo podrá salir, pues no es cuestión de forzar el tiempo, y que he pensado titular *Escenarios*. Han sido ya varias las personas próximas que han abandonado este teatro del mundo y otras las que aún permanecemos en él. Pero han transcurrido varios actos de una pieza que tiene tanto de tragedia como de comedia y cuyo final es impredecible. En el escenario de cuanto quede quisiera representar lo mejor que pueda el papel de poeta. Sé que no bastan las ideas ni las buenas intenciones, pues como decía Mallarmé: «los poemas no se escriben con ideas sino con palabras». Con las palabras trabajo, ludo, me consuelo para que los escenarios de mi vida sean algún día esos *Escenarios* de un libro concebido, con sus pasiones y paisajes, como una especie de ópera donde vayan de la mano Poesía, Música y Pintura. Cuando el tiempo lo decida pasará junto a los otros libros a completar

las visiones del mundo que se dan en *Pasión y paisaje*. Y mientras tanto, sólo queda escribir y esperar.

Sevilla, Junio de 2006

SELECCIÓN DE
PASIÓN Y PAISAJE
(1974-2006)

EXPERIENCIA Y ADIÓS

Como huyendo por el lado mismo
de tu deshabitada hora, así la furia
retiembla por mi cuerpo como costillas rotas,
corazón roto, cabeza y piernas rotas.
Amarte es atarte a un destemplado amanecer,
al tronco y raíz del imposible todo,
mas olvidarte no puedo, como tampoco verte
y no sentir una fría invasión caliente por las venas.
Amarte es despertar minerales e inyectarles
una dosis de agresiva apetencia.
Adiós, mientras mi cara se vuelve hacia la noche
y desalojan mis manos tus formas aparentes.

(De Pasión fija)

PAISAJE EN RUINAS

Tu silencio me lleva a las ruinas,
como tu llanto amargo a los derrumbes.
¿En dónde el Arquitecto sino en sueños,
mentido ante el miedo a los escombros?
Porque no hay más que escombros sobre escombros
sin horizonte alguno que varíe,
aunque tu amor en el recuerdo sea
como una flor nacida entre las grietas.

(De *Pasión fija*)

SUPERFICIE Y ABISMO

Nada queda ya oculto sino a piel de basura,
como un estercolero donde muere el discurso,
donde muerto el discurso exhala la palabra
un agrio olor a humo que el pensamiento excita.
«¿A qué el martirio, cuando la perfección no existe?»,
pero por ella vives creyendo que tras ella
la hermosura consigues y con ello la gloria,
aunque en verdad la gloria bien pudieras trocirla
por cualquier oficina que tratara de entierros.
Pero terco te empeñas en coronar la cumbre
y ante ellos te muestras con el costado abierto,
desvergonzadamente amenazas y lloras,
cuando, hipócritamente, tu defensa preparas.
Y es así como un día, pensando que ya es hora,
a una cualquiera otra perfecta la concibes
y dices «por tus huellas te alcanzaré los labios»,
y barajas promesas como si fueran cartas,
igual que un jugador que al tiempo provocara.
Tu interés se concentra en ganar la partida,
aunque tengas que usar el envite y la trampa,
y al fin cuando la ganas, temblorosa tu mano
resbala por sus formas que tiemblan en la espera.
Los ojos entornados en un perpetuo blanco
se pierden sin temor allí donde se goza.
Pregonas que no hay dios que en el cielo conozca

perfección semejante en el deleite envuelta.
Es entonces sin serlo más noche que ninguna,
y viene y llega el agua rumorosa y de prisa
inundando el jardín con su preciada rosa.
Hasta que un día despiertas sin nadie entre las sábanas,
entonces –no lo ocultes– reconoces de golpe
el poder de las cosas y el engaño del juego.
Nuevamente en sollozos y llantos te deshaces,
buscando en los escombros un sentido a los pasos,
y, ocultando tu engaño, al primero que encuentras
tu experiencia le explicas mientras la suya escuchas.
Al fin en el amor y en la muerte acordáis,
también en el infierno, para que nada falte.
Y creyéndote entonces con la verdad desnuda,
serenamente apuestas seguirla dócilmente,
y a tu casa regresas y su umbral ya traspasas,
y te sorprende el aire y un olor atrayente
de naranjas podridas por el suelo dispersas.
Te sorprende la parra retorcida y jugosa
y el racimo inmaduro invadido de avispas.
Te sorprende la fuente desconchada y sin agua,
y la higuera bravía que crece en la ventana.
Por los cuartos paseas invadiendo el silencio,
«recuerdo -dices- una ventana y una mesa»,
mas nadie allí conoces ni nadie te conoce,
y así la espalda vuelves y en la calle te pierdes
con tu desgracia a cuestras, extraño a tu visita.
Y como la desgracia buscar amigos hace,

al que mejor te quiere lo llamas en tu ayuda,
mas nada en tal estado solucionar consigue.
Y es por fin que sintiendo tu soledad contigo,
blasfemas de lo inútil de vivir entre sueños,
comprendes que no es nada la hermosura mentida.
Es por fin el vacío lo que abraza tu cuerpo
incitándote al bien y al mal a puro antojo.
Al fin es el abismo para siempre ya tuyo,
pues propio es de los dioses también el desengaño.

(De *Pasión fija*)

NOCHE DE TIERRA

Oscuro como seno de tiniebla,
como temblor sin luz de viva llama,
¡oh ciego herir que oscuramente abrasas
los crueles laberintos que se ofrecen!
No tu rumor escucho que enamore,
ni aspiro de tu boca su perfume,
sólo tu envidia carcomida encuentro
oculta en tus secretas galerías.
Dormido está mi odio en el olvido
de tan amarga noche a su cuidado.
Dormido está mi llanto y como ajeno
a este hosco sentir al que alimentas.
No seguiré tu senda, ni mis pasos
escalarán la aurora que disfrazas.
Apaga, pues, tu fuego que no espero
ni soledad sonora ni azucenas.

(De *Crónica de mi terror*)

CRÓNICA DE MI TERROR

Y lo que pudo ser crónica de mi terror
no es más que una cosa entre las cosas mudas.

(De Crónica de mi terror)

REGRESO EN EL VERANO

Con el verano vuelve la imagen al recuerdo:
el jardín con sus arcos de ciprés recortado,
los nardos, la bignonia, la tapia rojiblanca,
el albero regado cuando viene la tarde,
el muro de eucaliptos, el rumor de los álamos,
el camino que lleva a los cerros suaves,
y la luna naranja redonda por las ramas.
Es Julio y la ventana se llena de jazmines.

(De Paisaje continuo)

LLUVIAS DE NOVIEMBRE

Oscuros nubarrones por el cielo
y tiernos brotes por la tierra lisa.
Noviembre casi invierno junto al fuego
y ramas desnudándose en la lluvia.

(De *Paisaje continuo*)

ATARDECER DE INVIERNO

La tarde todavía. Aún celeste,
aunque leve, es el cielo y nos invita
a pasear debajo de los álamos.
Mira de qué manera puntuales,
dorados, grises, blancos y azulrojos,
regresan faisanes por la hierba.
Mira el pavo real cómo alza el vuelo
para alcanzar la rama más lejana,
y cómo tiembla ahora bajo el peso
de su cuerpo al posarse con un grito.
Breve es la tarde y frágil se despide
envuelta en el celaje de la bruma.

(De *Paisaje continuo*)

CORAZÓN EN LA TARDE

En la tarde de oro mi corazón es negro,
como una larga noche donde crece el vacío,
el frío de lo innombrable en el blanco sudario
de las horas que tejen la muerte tan callada.

Frágil fue la memoria para la blanda dicha
cuyos restos dispersos se cubrieron de polvo,
y terco fue el deseo para aquello que nunca
llegó templadamente como una primavera.

La tarde es oro y sangre y casi seda el cielo,
que romperá la luna con su plata desnuda,
y azul será la noche de este largo verano,
mientras otra se anega en sus lágrimas sucias.

(De Corazón en la tarde)

CANCIÓN

Sé que está allí,
mas no la veo,
que es dulce y clara,
mas no la veo,
que brilla y enamora,
mas no la veo,
que no conoce noche,
mas no la veo,
que no la cercan fieras,
mas no la veo,
ni espadas afiladas,
mas no la veo,
sé que es la luz de dentro,
mas queda lejos.

(De Corazón en la tarde)

BLUSA ROJA

Semejante a la llama como ascua encendida
como sangre que quema las manos temblorosas
que invaden los botones blancos como azahares
como azahar la carne elevada en los pechos
deslizada en las piernas y pies como alabastro
por los brazos las manos y el nácar de las uñas
y el espeso cabello como trozo de noche
entre dedos o labios extendido en silencio
por el sudor regado que parte de la frente
y llega hasta las cejas y baña las mejillas
invasadas de besos los dientes que recorren
el cuello y se dispersan perdiéndose en rincones
dulces como a la abeja el polen de las flores
y la miel del gemido que brota en la garganta
que se alarga profundo cuando crece el momento
como crecen las olas con el viento de lluvia
hasta encrespase el mar y estallar la tormenta
y ser todo más claro y más blanda la calma
que se duerme desnuda olvidando el desorden
la blusa abandonada en la extensión del suelo
como roja amapola solitaria en los trigos

(De Corazón en la tarde)

SOMBRA DE MAYO

Intensamente azul, casi morado,
el plumaje del cuello. Verde y oro,
la cola que se abre seductora.
Qué bello es el amor en ese gesto,
a la sombra de Mayo, por la hierba.
Cada grito del pavo reconozco
en un grito anterior que no ha cesado.
Cada matiz de verde he visto antes
en las ramas que el viento desordena.
La mañana son rosas coloradas.
La tarde, violetas a lo lejos.
La noche, terciopelo que se rompe
en una luna blanca, más redonda,
más llena cada vez de lo que ha sido
tantas veces en mí, todo más uno.

(De *Los lugares perdidos*)

VISIÓN FUGAZ

Allí quedó mi mundo, en esa umbría
que ayer vieron mis ojos sin que apenas
quisieran reposar en los rincones
la mirada que dulces los recuerda.
Pero verdes y densos, salpicados
por el blanco y rojizo de los muros
o el dorado plumaje de las aves,
despiertan lo que avaro guarda el sueño:
sensaciones de sombras y de noches
sobre la hierba fresca contemplando
el resplandor del cielo, su armonía
desde el oscuro punto de este mundo.
Pero vano soñar, sigue su curso
un tiempo inexorable, y a su paso
el alma se estremece no sabiendo
qué fue lo ya vivido y qué el presente.

(De Los lugares perdidos)

VÍSPERAS DE ARMENTA

El azahar, la noche y los jazmines
al filo de la mano, en la ventana,
donde el cielo no es sueño, ni la luna
la imagen de la muerte entre las nubes.
Nimbada y blanca brilla en el tejado
y su luz es más luz sobre la torre.
Allí está, bajo el agua, en el estanque,
como un sepulcro en que morir es dulce.
Y hacia el cielo se yergue la palmera
mansamente movida por el viento,
como en el mar un mástil y una vela,
con un mismo rumor de olas y hojas.
El jardín y la noche: los naranjos,
rosales por el muro, enredaderas,
y el frondoso laurel que ha de dar sombra
ya para siempre en todos los veranos.

(De *Suite de Armenta*)

LEJOS Y EN LA MANO

Delicada, prudente, generosa,
su palabra es sencilla, amortiguada
por una levedad que le conduce
donde apenas sus pasos seguir puedes.
No siempre fue feliz, pero su vida
conoce la fragancia de los nardos,
el tacto de la seda, el terciopelo,
la secreta dulzura de la sombra.
Un gesto de tristeza le acompaña,
mezclado extrañamente a su sonrisa
que muere tan fugaz como se esboza.
Y te miran sus ojos fijamente,
y el corazón, rendido, a sí se dice:
amor mío, tan lejos y en la mano.

(De *Lejos y en la mano*)

REFLEJO EN LA VENTANA
(Autorretrato)

No son las ramas negras del naranjo
ni la torre que asoma por los muros
lo que veo a través de la ventana,
sino a mí en los cristales, pensativo,
con la pluma en la mano, sin que sepa
quién es ese que miro y que me mira.

(De *Itinerarios*)

ITINERARIO

La mañana de nuevo. Por las calles
prisionera aún la noche y en las plazas
ya tenue despedida. Los jardines
despiertos en su brillo. El monumento
con el león de piedra y ese barco
incrustado de bronce en las columnas.
Los rumores de fuentes sepultados
en el tráfico intenso. La fachada,
tras la verja, simétrica y extensa,
que preside la Fama con sus alas
desplegadas al viento y la trompeta
que nadie oyó jamás. Los interiores
de patios sucesivos y amplias naves
que guardan todavía algún vestigio
de pasadas funciones. Hoy son otros
quienes cruzan su espacio, los que esperan
recibir el saber de quienes viven
al estudio entregados. Como tantos
las horas allí paso y la palabra
dicta la historia que la mano escribe:
las hazañas del héroe, las razones
del clérigo andariego, la tragedia
de los locos amantes, los lamentos
de los dulces pastores, las astucias
del pícaro, los éxtasis del santo,

el horror de la sierra, la locura
del ingenioso hidalgo y tantas otras
que de la letra vuelven a la vida
entre estos muros donde siempre el tiempo
se muestra joven en los mismos rostros.
La tarde en las palmeras y el dorado
fulgor sobre las torres. Extendida
la ciudad en sus barrios que se pierden
robando el horizonte. Las esquinas
cuyo perfil las sombras desdibujan.
La estrella que aparece solitaria
sobre el rosa confuso del ocaso,
y la casa encendida en el regreso
ofreciendo el descanso cual si fuese
el deseado puerto al marinero.

(De *Itinerarios*)

DESDE LA SOMBRA
(Nuevo autorretrato)

Detrás queda tu sombra, la que un día
proyectaste adelante y va creciendo
cuando más al ocaso se aproxima.
Es tu fiel compañera, quien conoce
a aquellos que no fuiste, los que crees
que habitaron tu cuerpo y ya murieron.
En medio del camino, en parte otro
de quien has sido, por delante tienes
cuanto dejaste atrás: un nuevo espacio
para trocar errores por aciertos,
fracasos por victorias, si te aplicas
a ser quien buscas ser desde ti mismo.
La plenitud de ti desde la angustia,
desde el dolor incluso de ignorarse
ante los propios ojos que te indagan.
Qué importa que encanezca la cabeza,
que se doble la espalda o que los huesos
se vuelvan duros y la carne seca,
si el tiempo está abolido en esa busca
que es eterna en sí misma y que retorna
desde el que no te sabes al que eres.

(De *Itinerarios*)

CARTA DE JUNIO

Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

(Epístola Moral a Fabio)

¿Dónde está tu ilusión?, ¿tus sueños dónde?
¿Escuchas mis preguntas o ya el tiempo
cerró tu corazón y tus oídos?

Es una tarde más de un mes cualquiera.
Allí estás solo, en el sillón, hundido,
o torpemente yendo hacia tu cuarto

para olvidar el día con la ayuda
del fármaco eficaz que te sumerja
en el denso descanso de la noche.

Quieres no despertar, pero el mañana
llega igual que el ayer, imperturbable
y ajeno a tu querer o a tu cansancio.

Algo sé de tus sombras cuando dices:
mi vida no es amor sino cenizas
de un largo error que a su final se acerca.

Conoces el dolor, pero no manches
la claridad que guarda algún recuerdo
ni te niegues la última esperanza.

Ahora miro hacia atrás y te imagino
ese niño de pulcros ademanes,
de mirada feliz e inteligente

que para sí reclama los cuidados
de aquella que lo acoge como al hijo
que nunca tuvo y quiere hasta el extremo.

Un pequeño universo que comparte
con las fieles criadas obedientes
por igual a la orden o al capricho.

Nace allí tu afición por los colores,
los dibujos, la música que tocas
en el pequeño grupo que contemplo.

Crecen allí tus sueños, tus deseos,
tu afán de perfección, tus ideales,
también la soledad del privilegio.

Y a la ciudad te marchas, y regresas
con el saber de aquellos que le abrían
nuevos caminos a tu mente inquieta.

¿Cuál fue el momento, dime, en que tus ojos
se fijaron en ella y la eligieron
para que fuese tuya entre las otras?

¿Qué preferiste en ella?, ¿su cabello,
su perfil delicado, su sonrisa,
o viste a Dios en ella hasta cegarte?

¿No recuerdas cruzar el paraíso,
saberte no en ti vivo sino en alguien
superior a ti mismo y a sí misma?

Sólo un momento así vale una vida,
por más que turbios vengan otros luego
a ennegrecer la claridad aquella.

Imagino el desgarro de la guerra,
la estúpida contienda que te obliga
a luchar sin saber contra quién luchas.

La muerte alrededor. El llanto en otros.
Al fin suerte tuviste que esa bala
tu pierna atravesara y no tu pecho,

como de mí diría, pues entonces
no sería esta voz que va contando
lo que pudo no ser como sí ha sido.

Vuelves herido y hallas otra herida
aún mayor en la falta de quien fuera
para ti madre más que de tu carne.

Atrás quedan proyectos. Cuántos planes
empiezan a cambiar; mudo testigo
el cuadro que dejaste inacabado.

Pero también te aguarda la que firme
esperó tu regreso, y ya con ella
la soledad alejas de la casa.

Nacen tus hijos, y feliz parece
tu nuevo hogar al que con orden llevas
al bienestar que sueñas para ellos.

Ya puedo recordarte por mí mismo,
en el jardín, el patio, en tu despacho
con otros, ocupado en tus asuntos.

A veces te acompaño en excursiones
buscando restos que después paciente
reconstruyes, ordenas, catalogas:

cerámicas negruzcas, blanquecinas,
pulimentadas hachas y cuchillos
de bordes afilados tras milenios.

La sorpresa de mármoles y tumbas
que abre el arado en su labor ajena
a mundos que a otros mundos sucedieron.

Te recuerdo leyendo en el estudio
con el piano al fondo, las ventanas
de cortinas azules, los retratos

que vas pintando, el mío entre los otros,
y otros cuadros, y el aire que se impregna
del olor que desprenden los colores.

Tú me llevaste al mar de playas anchas
y a ciudades cercanas que ofrecían
un horizonte apenas entrevisto.

Estrechas carreteras solitarias,
bordeadas de árboles con troncos
por la cal recubiertos a una altura.

La entrada de palmeras y la sombra
grata de los castaños, y los coches
amarillos y negros de caballos.

La torre junto al río, los palacios,
los puentes, y la extraña maravilla,
y aquel despedazado anfiteatro,

o el bosque de columnas jaspeadas,
y los desnudos vistos con su carga
de embrujo y de pecado en el museo.

Pero el mejor recuerdo son los años
vividos en el amplio caserío
que rescataste tú de su abandono.

Cuatro torres simétricas definen
su sobria arquitectura. Reconstruyes
cuanto está en deterioro y en desuso.

Aún con mayor amor en los jardines
se vuelca tu entusiasmo y de cipreses
queda el recinto oculto para muchos.

Haces de ese lugar el mismo centro
de todos tus afanes y quehaceres,
y alcanza un esplendor nunca antes visto.

Vuelve de nuevo el culto a su capilla,
y resuena la voz de la campana
para anunciar la misa los domingos.

Vuelve otra vez la piedra del molino
a girar ruidosa triturando
las negras y jugosas aceitunas.

Vuelven los almacenes a llenarse
de trigo, de cebada, entre sus arcos,
de brillante maíz y oscuras habas.

Vuelven caballos, y palomas grises,
y vacas blanquinegras al establo,
y el fiel mastín a vigilar la puerta.

Todo está en orden; todos te obedecen,
y surca el mar la nave que se deja
dulcemente guiar por tu gobierno.

Hay noches estrelladas, días claros,
islas hermosas y rumor de voces
que en la estela se pierden desoídas.

¿Qué puerto tú buscabas? Como flores
ayer tan sólo abiertas y hoy marchitas
cuántas horas huyeron como sombras.

Ya es cana tu cabeza, pero sigue
tu corazón activo. Te recuerdo
regresar sudoroso por las tardes

y acercar a tu boca el agua fresca
que ansioso bebes tras pasar el día
por los sedientos campos del verano.

No es fácil poner freno a las palabras,
no te irrites si entonces te pregunto
si eras feliz o si los otros eran.

¿La amabas como antes? ¿Te quería?
¿Te sentías querido o la costumbre
dejó extinguir la primitiva llama?

¿Y esos niños que empiezan a no serlo
eran felices en su ingenuo mundo
o para ti bastaba su obediencia?

Fija en ellos tus ojos; mira atento
sus rasgos peculiares cual si fueses
a trazar nuevamente sus retratos.

Y dime: ¿son felices o proyectas
en ellos tus deseos, quien no fuiste,
o quien eres y quieres seguir siendo?

Te sorprendo una vez en llanto amargo,
tu voz es suplicante, de ti escucho:
hacedme ver en qué me he equivocado.

Y todo en ti es tiniebla y aflicciones,
y maldices el día y el momento
en que fuiste engendrado por tus padres.

Cesa el llanto y despacio viene el sueño
para olvidar y despertar mañana
mientras sigue la nave su camino.

Es el mismo paisaje que ayer viste,
los mismos trigos bajo el sol de fuego,
los mismos olivares uniformes.

La misma casa con los mismos muebles,
la misma mesa donde escribes hoy
la misma frase que dejaste escrita.

Para otros las fiestas, los placeres
de vivir sin pensar en la condena
que poco de la tuya es diferente.

No miras los jardines, ni la luna
saliendo por los álamos, ni sigues
su curso por el cielo, ni la noche

te ofrece su esplendor, ni su concierto
de grillos soterrados, de ladridos,
de murmullos del aire entre las hojas.

No miras la mañana, ni reparas
si la luz es rosada o si la hierba
aún conserva las gotas de rocío.

Pasas indiferente entre los trinos
del jilguero o el arrullo de la tórtola
o la bronca perdiz que emprende el vuelo.

Te vas fijando si la tierra ofrece
el fruto que ha de dar, no porque ansíes
para ti su riqueza y disfrutarla,

más bien por el deber al que te sientes
ligado de manera que no sabes
cómo romper el yugo que te pesa.

Tu gesto es de cansancio, indiferencia,
tal vez de miedo que sutil disfraza
la aventura de ser en el abismo.

¿Quién eres? ¿Quiénes somos? ¿Quién responde
a ese continuo afán de no saberse
perdido entre las máscaras extrañas?

Surge en ti la esperanza de librarte
de aquel que crees no ser, y le encomiendas
al tiempo esa misión que no ves lejos.

Y llega la ocasión tan esperada,
eliges tu heredero y le transmites
el mando en un abrazo confiado.

Por un tiempo parece restañarse
la llaga de unos años no elegidos
y en la ebriedad del bálsamo te anegas.

Por las salas paseas; cada día
te cruzas con el santo que su pecho
golpea con la piedra; te detienes,

miras sus pies, la fuerza de sus piernas,
las venas abultadas que recorren
toda su enjuta carne como un delta.

Gozas con la blancura de los hábitos,
con la severa atmósfera que envuelve
tantos perfiles y tan graves gestos.

Te emociona la mano generosa
que otorga la limosna, y esa niña
con la luna a sus pies y claras ropas.

La azucena que apenas si sostiene
aquel que de rodillas se reclina
para acercarse más a su regazo.

La mirada inquietante de quien mira
y sabe que es mirado y se dispone
a pintar ese cuadro que no es visto.

Una vez lo imitaste —¿lo recuerdas?—
con la barba inventada y con la gola
como un ser que su tiempo equivocase.

Ahora está frente a ti, tras esa verja,
en la penumbra que a su traje oscuro
lo vuelve casi negro y lo confunde.

Para nada te pesa que esos seres
estén a tu cuidado y crees un sueño
ser ésa tu misión y no las duras

faenas que dejaste a quien más joven
muestra más ambición y pronto adopta
los modos que le dicta la eficacia.

Ya no hay chocar de cascos en las piedras,
ni pueblan las palomas los tejados,
ni impiden ya la vista los olivos.

Ya no existen aquellos que cumplían
quehaceres rutinarios, sólo alguno
como una sombra de otro tiempo vaga.

Una extensión que cruzan los tractores
de norte a sur entre chirridos agrios
y el humo que se pierde con el polvo.

La ciudad para ti, los días llenos
de un plácido deber al que te entregas
con rigor responsable hasta que falla

el cuerpo de improviso, el accidente
que cierra ese paréntesis vivido
como el mejor de los que tú soñarás.

El temor a la nada como huésped,
su sombra como terca compañera,
la soledad de la ilusión perdida.

¿Acaso no pensaste que vendría,
porque estabas feliz, a recordarte
que es viento y telaraña lo que abrazas?

Errante vas, y dejas que la nave
la guíen otros mientras tú sollozas
perdido entre las nieblas de ti mismo.

Un raro clima el horizonte turba;
a la ambición se suman las pasiones,
la desidia, el rencor antes oculto,

la torpe negligencia, hasta que estalla
la tormenta y expulsa a los escollos
los cuerpos que el azote no aguantaron.

¿Y dónde estabas tú? ¿Qué voz oíste,
entre tanto lamento, o no atendías
sino al gemir continuo de tus ojos?

¿O fuiste tú la voz que más clamaba
y nadie supo oír el ronco grito
que lanzó tu garganta vieja y rota?

Lloras en soledad; dejas la casa
que tanto amaste y buscas la primera
como refugio y cifra de quien eres:

un es cansado que su muerte vive,
una huida veloz a la locura
para escapar del llanto y los horrores.

Desataste tu lengua y su veneno
se volvió contra ti. No te lamentes
si aquellos que atacaste te llevaron

a las duras prisiones que lejanas
quedan siempre a sus pasos. La miseria
ha sido siempre así, y ahora no es tiempo

de buscar más culpables. En tu casa,
en esa que ahora vives desprovisto
de tantas cosas que dejaste aparte,

has de esperar que llegue la que amiga
ha de ser para ti, pues la frontera
cruzaste de la edad y nada nuevo

podrá enseñarte el mundo y su ruido.
No fue un error tu vida, y la esperanza
que pido no te niegues está dentro

de ti con sólo verla. Abre los ojos
y mira tu dolor que ha de curarte
mejor que otro remedio que concibas.

La verdad es dolor, tú lo has sabido;
con la verdad desnuda alcanzar puedes
la mejor paz que nunca imaginaste.

Sevilla, Junio de 1991

(De Carta de Junio)

DESDE OTRA ORILLA

Serenamente hablaste de tu vida
cumplido ya su tiempo, y en tus ojos
brillaba la verdad, desnuda, clara,
como el que sólo a la verdad se debe.

Hubo dolor, miseria, confusiones,
aquello que es normal entre los vivos,
pero también el gozo, la alegría
de apurar los instantes más intensos.

Ahora allí en la otra orilla donde moras
evocas sin nostalgia lo vivido,
pues hecho eternidad contigo vive.

Te agradezco que un sueño aprovecharas
para venir a verme y me dejases
al despertar en esta dócil duda.

(De *Figuras*)

IMAGEN DOBLE

Su imagen joven, tersa, me despierta
como de un sueño que soñé hace tiempo.
Es la misma que ha estado en la memoria,
ajena a los estragos de los años.
Es idéntica, idéntica en el modo
de hablar, de sonreírse, de moverse,
de lanzar su mirada, aunque difiera
el color de los ojos: mieles estos
y celestes aquellos tan lejanos.
En lo demás, iguales, como un doble
que el modelo repite sin saberlo.
Pero yo sí lo sé. Sé que no es ella
y al mismo tiempo afirmo que no es otra
que aquella que ya vi. Fijo la observo
y no puedo negar que es ella misma
que de improviso vuelve y se presenta
a mis ojos que ya no son los mismos.
Toma el sol junto al río en una hamaca
mientras el viento esparce su cabello
y desnuda su nuca delicada.
Qué extraña sensación o rara broma
contemplar como nuevo lo ya visto.
Ella se irá para su tierra pronto.

Tal vez la encuentre en próximos veranos
y perciba algún cambio en su figura.
Ya no será su doble, y la primera
seguirá igual, intacta, en vano sueño.

(De *Figuras*)

EN EL PATIO

El tiempo en este patio, entre estos muros
por arcos y columnas sostenidos.
La extensión ondulada de la vela
que transforma la luz dura en penumbra.
El verdor de las quencias con sus hojas
en actitud agradecida abiertas.
La transparencia del jardín al fondo
con sus claros de sol entre las ramas.
El tiempo aquí, callado, detenido,
y yo dentro de él, ajeno, quieto,
sin voluntad de ser, como si fuera
la estatua que estas horas esculpiesen.

(De Refugio de las horas)

IGNORANCIA

¿ Y qué hacía –pregunto al despertarme–
cruzando a nado con chaqueta puesta
ese río plagado en sus orillas
de grises y verdosos cocodrilos?
Tanto lo ignoro como estar oyendo
la lluvia ahora, el trino del canario.
Sigue la vida y sigo la costumbre,
sin entender aquello en lo que vivo.
Sólo manejo imágenes concretas,
pero extrañas: los seres de ese sueño,
los trinos y la lluvia de este instante,
el monstruo de mí mismo en su ignorancia.

(De Refugio de las horas)

PARAÍSO

Oh, no, no seré expulsado del paraíso cuando estoy dentro de él, cuando soy aunque insignificadamente una parte minúscula del mismo. Pero todo yo allí estoy, despierto y vigilante, dormido y confiado, como un sonido más del gran sonido, como un silencio más del gran silencio. Ahora metal, madera ahora, cuerda, percusión, tan sólo gesto del invisible brazo que dirige, de la invisible mano que los signos trazó sobre la nada. Línea del arco que crece y se deshace, pulsación sostenida, aire medido, acompasado golpe, nunca solo, nunca, nunca, por más que desconozca el ataque y la espera. No fui, no pude ser, no he sido la larga marcha que precedió a mi entrada, pero sí soy sus ecos, su apagado murmullo, su nostálgico adiós y su esperanza incierta. Soy un paso más en esta clave, como otros muchos en otras muchas claves, como una onda en ondas que no cesan. Y vibro, vibro, y con otros me encuentro y vibro más, y vibrantes vivimos: matiz, impulso, ligazón, batalla, hasta ser explosión, ocaso, sombras. No. Podré callar, mas eso no es morir. Porque si fui, soy parte de lo eterno. Éste es mi paraíso, no mi infierno. Puedo decirlo: he sido, soy, y en silencio he de ser en nueva música.

(De Refugio de las horas)

LA TENTACIÓN

Perderse para siempre entre estos cerros
de blanquecina tierra, verdes vides,
segadas mieses y altos girasoles.
Recorrer con la vista sus desnudos
perfiles, donde un árbol solitario
conversa silencioso con el cielo.
Sentirse carne, viento, polvo, sombra
que cruza errante cimas y llanuras.
Negar que más allá de este horizonte
existan bosques, mares y desiertos.
No pensar que hubo ayer ni habrá mañana,
y estar ajeno ante el dolor del mundo.

(De *Naturalezas*)

BAJO EL NARANJO

Estoy aquí y estoy en la tristeza,
bajo la sombra amable del naranjo,
en el mismo jardín, la misma casa,
los mismos dulces campos que mis ojos
no han visto en tantos años.
Miro el verdor que me rodea ahora:
los arcos de cipreses, la bignonia
en llamas florecida, las palmeras
brillantes en el viento,
los álamos, los altos eucaliptos,
y toda esta espesura
me lleva a verme triste en el regreso.
Busco huellas felices en los cuartos
y siento frío al traspasar sus puertas.
Imágenes, retratos, viejas arcas
en silencio y penumbra
con mi imagen extraña en los espejos.
Subo al lugar más alto donde pueda
divisar la llanura por encima
de los amplios tejados con sus torres
y sólo soledad muda se extiende.
Extrañeza y vacío.
Eso es volver a donde ya no existe
el amor de otro tiempo.

Estar aquí es morir en la apariencia,
sin verdad ni hermosura,
porque sólo el amor lo recreaba.
Quede aquí lo que fue cantado un día,
y prosigan mis pasos su camino
que es vivir con amor y sin tristeza.

(De *Naturalezas*)

VUELTA

Vuelvo a ti, tierra mía, y agostada te encuentro.
Tu laguna profunda sin aguas que reflejen
celestes cielos blancos de nubes fugitivas,
ni perfiles de troncos ni ramas temblorosas.

Rugoso fango seco, su lecho ennegrecido,
igual que un plato sucio que olvidado quedase.
Ningún pájaro acude a anidar en los juncos
de tallos amarillos, resecos e inflexibles.

Recorro tus caminos entre el calor y el polvo.
Miro nubes oscuras que no rompen en lluvia,
y el aire se hace denso, sofocante y cansado
con un sol que castiga sin clemencia la tarde.

Por ellos con mi sombra, encorvada y sumisa
a mis pasos errantes, otro tiempo seguros,
entre alambres de espinos y cardos quemados,
sin rencores ni prisas solitario converso.

Estos grises de otoño de mi dolor ya saben.
Saben que a ti regreso buscando lo perdido:
esa primera llama por la que fui alumbrado,
esa luz tan serena que sólo es hoy recuerdo.

Llego a ti, tierra mía, para saberme tierra,
para aceptar ser tierra, como es tierra mi carne.
Humildemente vengo a ser de nuevo sueño,
algo más que silencio, pues también amor fuimos.

(De *Naturalezas*)

HACIA EL ENCUENTRO

Desde el dolor, el odio, la mentira,
la fría soledad y la tristeza;
desde el error, la injuria, el abandono,
los amargos castigos y derrotas,
hacia ti voy, amor, para saberme
salvado en tu presencia. Nunca olvido
tu callado decir, tu suave gesto,
tus pasos delicados y esa sabia
renuncia a los engaños. A ti acudo
cansado de mí mismo, de la angustia
de ser una aventura cuyo inicio
tan ajeno me fue como ha de serme
su escondido final. Pero contigo
el tiempo se transforma y cada instante
es un nuevo misterio: ver tus ojos,
sentir tu aliento, respirar el mismo
aire que tú, pisar el mismo suelo,
vivir desde tu vida y deshacerse
en este dulce encuentro, que sentido
dará a la levedad de las cenizas.

(De Nardos de Noviembre)

NOMBRE ENTRE NARDOS

Amor, amor, amor, diré tu nombre
para que todos puedan conocerte,
para que nadie piense que me invento
una historia ya antigua entre nosotros.

Te conocí en Sevilla una mañana
de intensa luz con fondo de jardines.
Allí te vi y tus ojos me cegaron
y ya no pude ver sino en los tuyos.

Con locura te amé desde el comienzo,
con toda la pasión de mis sentidos,
y quise que tu cuerpo fuese mío,
tan mío, como tuya el alma mía.

Y tú me diste, amor, el alma tuya
envuelta en una carne tersa y grácil
como serenas dunas de esa playa
donde bañé mi cuerpo y quedó limpio.

Cuántos años, amor, han transcurrido
desde que fueran una esas dos vidas
que antes andaban como dos mitades
buscándose con ansias de fundirse.

El tiempo en nuestros brazos abrazados
con todas sus victorias y miserias,
con su dolor, sus miedos y esperanzas
y el recuerdo común de lo vivido.

Cuánto misterio, amor, en cada día,
en cada noche que soñamos juntos,
entre el azar sin leyes conocidas
y la muerte que habrá de separarnos.

No pensemos en ello. Como siempre
espera por Noviembre tú esos nardos
que tu nombre proclamen en mis versos,
amor, amor, amor, Cecilia mía.

(De Nardos de Noviembre)

MÁRMOL Y AGUA

(Inscripción para la fuente de Armenta)

Que el rumor de esta fuente sea recuerdo
del mucho amor que nos tuvimos siempre.
Que este mármol pregone su firmeza
y el agua lo fugaz de nuestras horas.

(De *Nardos de Noviembre*)

PASEO

Sereno el mar al acabar la tarde,
y el cielo entre celeste y amarillo.
Dos cañas de pescar sobre las piedras
el horizonte enmarcan.
Rota y Cádiz, envueltas en la bruma,
fantasmales ciudades que en la noche
poco a poco se van iluminando.
Por esta larga playa yo paseo
con mi silencio a solas. No hay respuestas
porque nada pregunto. Sólo escucho
el romper de las olas, las espumas
con su frágil murmullo en retirada,
el viento en mis oídos, algún pájaro
que canta mientras vuela. Nada quiero
sino hundir los talones en la arena,
seguir, seguir, hasta sentir cansancio,
y volver lentamente
como un oscuro bulto que regresa
al punto de partida. Ya es bastante
no naufragar en el silencio propio.

(De *Escenarios*. Inédito)

AZOTEA DE BORNOS

In memoriam V.C.

Los tejados, la torre, el castillo, la orilla
con vacas y caballos, eucaliptos y juncos.
El pantano celeste y al final la montaña,
de cumbres pedregosas con reflejos de plata.
Alcanzan los confines los ojos deseosos:
Villamartín al fondo, Puertollano a lo lejos,
y más cerca cortijos y alguna torre vieja,
todo envuelto en el oro de la tarde que cae.
Me ofreciste esta vista que alegraba tus días.
No la veré ya nunca, pues ha muerto contigo.

Bornos-Sevilla, 2003-2006

(De *Escenarios*. Inédito)

DE VITA BEATA

El sueño de un jardín
sin árbol de la ciencia,
sin normas ni serpientes,
sin crueles expulsiones.

(De *Escenarios*. Inédito)

BIBLIOGRAFÍA DE JACOBO CORTINES

POESÍA

- Libro a cuatro*, tres poemas de J. Cortines y seis litografías de G. Delgado, J. R. Sierra y J. Suárez, Madrid-Sevilla, Grupo 15, 1978.
- Primera entrega (1974-1978)*, Sevilla, Gráficas del Sur, 1978.
- Pasión y paisaje. Poesía (1974-1982)*, Barcelona, Edicions del Mall, 1983.
- Carta de Junio y otros poemas*, Granada, La Veleta, 1994.
- Carta de Junio y nuevos poemas*, Sevilla, Ayuntamiento, 2002.
- Consolaciones (1993-2003)*, Sevilla, «Vandalia», Fundación Lara, 2004. (Premio de la Crítica en 2005).

TRADUCCIONES

- 20 Sonetos amorosos de Petrarca*, Madrid, Entregas de la Ventura, 1980.
- Triunfos* de Petrarca, traducción en verso de Jacobo Cortines, introducción y notas de Manuel Carrera, Madrid, Editora Nacional, 1983. Reedición de la traducción revisada, Madrid, Cátedra, 2003, ed. de

Guido M. Cappelli.

Cancionero de Petrarca, Preliminares, traducción y notas de Jacobo Cortines, Madrid, Cátedra, 1989, 2 tomos.

El Barbero de Sevilla, adaptación musical en español del libreto de Cesare Sterbini, Sevilla, Teatro de La Maestranza, 1997.

ESTUDIOS Y EDICIONES

Escritos sobre Fernando Villalón, Edición en colaboración con Alberto González Troyano, Sevilla, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 1982.

Poemas escogidos (1908-1961) de Felipe Cortines Murube, Estudio y selección, Ateneo de Los Palacios, 1983.

Actas del Primer Congreso Internacional sobre Luis Cernuda (1902-1963), Introducción y edición, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1990.

Don Juan de W. A. Mozart, Estudio y edición, Sevilla, Cátedra-Expo'92, 1992.

Poemas (Poesía Completa) de Juan Sierra, Edición y prólogo, Granada, La Veleta, 1992.

Itálica famosa. Aproximación a una imagen literaria, Estudio y selección, Sevilla, Fundación Luis Cernuda, 1995.

A un poeta futuro. Antología de los premios Luis Cernuda (1981-2001), Edición en colaboración con Juan

Lamillar, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2003.
Historial de una vida. Homenaje a Luis Cernuda en el centenario de su nacimiento (1902-2002),
Introducción y edición, Sevilla, Fundación Lara, 2003.
Llanto por Ignacio Sánchez Mejías de Federico García Lorca. Edición facsímil del ejemplar de Joaquín Romero Murube, Introducción en colaboración con Juan Lamillar, Sevilla, Fundación El Monte, 2004.
Obra Selecta, tomos I-II y III de Joaquín Romero Murube, Estudio y selección en colaboración con Juan Lamillar, Sevilla, Fundación Lara, 2004-2005.

ENSAYO

Separatas de Literatura, Arte y Música, Valencia, Pre-textos, 2000.

NARRATIVA

Este sol de la infancia (1946-1956), Valencia, Pre-textos, 2002.

SOBRE LA OBRA POÉTICA DE JACOBO CORTINES

POESÍA

- BALLART, PERE: «*Consolaciones* de Jacobo Cortines», *Quimera*, nº 258, Barcelona, junio de 2005, p. 4.
- BARRERA LÓPEZ, JOSÉ MARÍA: «Dolor y sosiego en la poesía de Jacobo Cortines», *Ínsula*, Madrid, diciembre de 2004, pp. 29-30.
- BALTANÁS, ENRIQUE: «El itinerario del profesor Cortines», *El Correo de Andalucía*, 23 de noviembre de 1994.
- : «Transparencia y misterio», *Clarín*, nº 54, Oviedo, noviembre-diciembre de 2004, pp. 75-76, y en *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla, 2005, pp. 313-316.
- CABANILLAS, JOSÉ JULIO: «La justificación de un escritor», *El siglo que viene*, nº 20, Sevilla, 1994, pp. 51-52.
- CARO ROMERO, JOAQUÍN: «De Franz Liszt a Jacobo Cortines», *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla, 2005, pp. 309-312.
- CASTRO, JUANA: «Los caminos del amor y la memoria. El poeta Jacobo Cortines y sus *Consolaciones*», *Cuadernos del Sur. Diario Córdoba*, Córdoba, 12 de mayo de 2005.

- DÍAZ DE CASTRO, FRANCISCO: «*Consolaciones*», *EL Cultural. El Mundo*, Madrid, 3-9 de marzo de 2005, p. 15.
- DÍEZ DE REVENGA, JAVIER: «*Consolaciones* de Jacobo Cortines», *La Opinión*, Murcia, 17 de junio de 2005.
- GARCÍA DE LA CONCHA, VÍCTOR: «Carta de Junio», *ABC literario*, nº 144, Madrid, 5 de agosto de 1994.
- GARCÍA-POSADA, MIGUEL: «Del sobrio decir», *Cultural de ABC*, nº 677, Madrid, 22 de enero de 2005.
- : «La poesía (y la literatura) en castellano» en «El premio de la crítica: 50 años de historia», *Quimera*, nº 268, Barcelona, marzo de 2006, pp. 28-30.
- GARCÍA ULECIA, ALBERTO: «Paisajes del corazón», *ABC*, Sevilla, 11 de julio de 1984.
- DUQUE, AQUILINO, «De vita beata», *La mirada*, Suplemento de Cultura de *El Correo de Andalucía*, 23 de septiembre de 1994.
- FELTEN, HANS: «Amor, paisaje y literatura. Observaciones en torno a la obra poética de Jacobo Cortines», en Hans Felten y David Nelting (Eds.), *...Fuente sellada... Aproximaciones al discurso manierista en la lírica española*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2001, pp. 123-138.
- GUTIÉRREZ, JOSÉ: «La soledad sucesiva», *Ideal*, Granada, 7 de abril de 1984.
- LAMILLAR, JUAN: «Acerca de la poesía epistolar», *Reloj*

- de arena*, Oviedo, marzo de 1995, pp. 30-31.
- : «La música de la melancolía», *Renacimiento*, nº 45-46, Sevilla, 2004, pp. 125-127, y en *Minervae Baeticae. Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, Sevilla, 2005, pp. 317-320.
- MEDINA, BEGOÑA: «Poesía», *El País*, Andalucía, 16 de noviembre de 2004.
- NAVASCUÉS, JAVIER DE: «El consuelo de los clásicos», *Nuestro tiempo*, Pamplona, octubre de 2005.
- NIETO NÚÑEZ, MIGUEL: «Candor y clasicismo», *Hélice*, nº 4, Granada, Invierno-primavera de 1995, pp.46-48.
- PEÑALVER, SOREN: «Esplendor íntimo. Introducción a las *Consolaciones* de J. Cortines», *La Opinión*, Murcia, 17 de junio de 2005.
- REY, JUAN: «Poesía sevillana (I)», *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 2 de noviembre de 1990.
- TRAPIELLO, ANDRÉS: «La existencia de otro sur», *Libros. El País*, Madrid, 5 de agosto de 1984.
- VILLAR RIBOT, FIDEL: «El don de la serenidad», *El fingidor*, Granada, septiembre-diciembre de 2005, p. 63.
- VV. AA. : «Monográfico sobre *Carta de Junio*», *La mirada*. Suplemento de Cultura de *El Correo de Andalucía*, nº 58, Sevilla, 16 de junio de 1995 (Trabajos de Alberto González Troyano, Andrés Trapiello, Rogelio Reyes, Esteban Torre, Raquel Rico, Luis Gómez Canseco, José Luna Borge,

Antonio Molina Flores, Valentín Núñez Rivera,
Antonio Cáceres, Emilio Rosales, Felipe Benítez
Reyes, y tres poemas dedicados de Juan Lamillar,
Antonio Cano Ortiz y José Julio Cabanillas).

TRADUCCIÓN DE POESÍA: PETRARCA

CARRERA DÍAZ, MANUEL: «Recensione de Francesco
Petrarca, *Cancionero*», *Estratto da Quaderni
Petrarcheschi*, vol. VII, 1990, pp. 307-309.

—: «Una traducción contemporánea del *Canzoniere*»,
Cuadernos de Filología Italiana, 2005, pp. 133-139.

COLINAS, ANTONIO: «Luces del Renacimiento», *La
Prensa*, Ibiza, 4 de marzo de 1990.

GONZÁLEZ TROYANO, ALBERTO: «Fuente de
modernidad», *Diario de Cádiz*, 2 de diciembre de
1990.

HERNÁNDEZ ESTEBAN, MARÍA: «Un clásico», *Libros*.
Diario 16, nº 70, Madrid, 17 de mayo de 1990

LAMILLAR, JUAN: «Vigencia del poeta y erudito
Francesco Petrarca», *Cuadernos del Sur. Diario
Córdoba*, nº 187, 20 de diciembre de 1990.

MUÑIZ MUÑIZ, MARÍA DE LAS NIEVES: «Recensione de
Francesco Petrarca, *Cancionero*», *Esperienze
letterarie*, nº 1, 1990, pp. 101-102.

REYES CANO, JOSÉ MARÍA: «Francesco Petrarca,
Cancionero», *Ínsula*, nº 530, Madrid, febrero de
1991, pp. 2-3.

- ROSALES, JOSÉ CARLOS: «30 años para Laura», *Libros*.
El País, Madrid, 20 de mayo de 1990.
- RUTA, MARIA CATERINA: «Petrarca nuovamente in
Spagna», *Testo a fronte*, nº 9, Octubre de 1993,
pp. 71-76.

ÍNDICE

Preludio para Jacobo Cortines (A.G.)	5
La escritura del tiempo: <i>Pasión y paisaje</i>	19
Selección de poemas de <i>Pasión y paisaje</i> (1974-2006).....	51
Experiencia y adiós (De <i>Pasión fija</i>)	53
Paisaje en ruinas (De <i>Pasión fija</i>)	54
Superficie y abismo (De <i>Pasión fija</i>)	55
Noche de tierra (De <i>Crónica de mi terror</i>)	58
Crónica de mi terror (De <i>Crónica de mi terror</i>)	59
Regreso en el verano (De <i>Paisaje continuo</i>)	60
Lluvias de Noviembre (De <i>Paisaje continuo</i>)	61
Atardecer de invierno (De <i>Paisaje continuo</i>)	62
Corazón en la tarde (De <i>Corazón en la tarde</i>)	63
Canción (De <i>Corazón en la tarde</i>)	64
Blusa roja (De <i>Corazón en la tarde</i>)	65
Sombra de Mayo (De <i>Los lugares perdidos</i>)	66
Visión fugaz (De <i>Los lugares perdidos</i>)	67
Vísperas de Armenta (De <i>Suite de Armenta</i>)	68
Lejos y en la mano (De <i>Lejos y en la mano</i>)	69
Reflejo en la ventana (Autorretrato) (De <i>Itinerarios</i>)	70
Itinerario (De <i>Itinerarios</i>)	71
Desde la sombra (Nuevo autorretrato) (De <i>Itinerarios</i>)	73
Carta de Junio (De <i>Carta de Junio</i>)	74

Desde la otra orilla (De <i>Figuras</i>)	89
Imagen doble (De <i>Figuras</i>)	90
En el patio (De <i>Refugio de las horas</i>)	92
Ignorancia (De <i>Refugio de las horas</i>)	93
Paraíso (De <i>Refugio de las horas</i>)	94
La tentación (De <i>Naturalezas</i>)	95
Bajo el naranjo (De <i>Naturalezas</i>)	96
Vuelta (De <i>Naturalezas</i>)	98
Hacia el encuentro (De <i>Nardos de Noviembre</i>)	100
Nombre entre nardos (De <i>Nardos de Noviembre</i>)	101
Mármol y agua (De <i>Nardos de Noviembre</i>)	103
Paseo (De <i>Escenarios</i> . Inédito)	104
Azotea de Bornos (De <i>Escenarios</i> . Inédito).....	105
De vita beata (De <i>Escenarios</i> . Inédito)	106
 Bibliografía de Jacobo Cortines	 107
Poesía	107
Traducciones	107
Estudios y ediciones	108
Ensayo y narrativa	109
 Sobre la obra poética de Jacobo Cortines.....	 110

Creada en 1955 por el financiero español Juan March Ordinas, la Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa, que desarrolla sus actividades en el campo de la cultura humanística y científica. Organiza exposiciones de arte, conciertos musicales y ciclos de conferencias y seminarios. En su sede en Madrid, tiene abierta una biblioteca de música y teatro. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu d'Art Espanyol Contemporani, de Palma de Mallorca. A través del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, promueve la docencia y la investigación especializada y la cooperación entre científicos españoles y extranjeros.

PYP

[13]



Fundación Juan March